

**Pelosi, Hebe Carmen**

*La comunidad de ideales universitarios argentinos y españoles*

Colaboración en la obra:

Rafael Altamira en Argentina : vínculos sociales e intelectuales entre España y Argentina en tiempos del primer centenario de la Independencia, 2013

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución. La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Pelosi, Hebe Carmen. "La comunidad de ideales universitarios argentinos y españoles" [en línea], En: *Rafael Altamira en Argentina : vínculos sociales e intelectuales entre España y Argentina en tiempos del primer centenario de la Independencia.* Madrid : Universidad Nacional de Educación a Distancia. Centro de Estudios de Migraciones y Exilios, 2013.

Disponble en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/comunidad-ideales-universitarios-argentinos.pdf> [Fecha de consulta:.....]

de la «embajada cultural» un instrumento formidable para regenerar el vínculo intelectual hispano-argentino y contribuir a fortalecer las relaciones bilaterales en general.

Pero si podemos hablar de la empresa americanista ovetense como paradigma o modelo de intervención americanista es porque constituyó también una referencia para la acción de los inmediatos continuadores de Altamira, que, desde Adolfo Posada y, en alguna medida, hasta la «primera venida» de Ortega y Gasset, transitaron por los carriles abiertos por el alicantino, antes de que la Institución Cultural Española lograra regularizar un circuito que traería a Argentina a los principales exponentes de la ciencia española.

### LA COMUNIDAD DE IDEALES UNIVERSITARIOS ARGENTINOS Y ESPAÑOLES

Hebe Carmen PELOSI

La visita que realizó Rafael Altamira a la Argentina durante el año 1909, invitado por el presidente de la Universidad Nacional de La Plata Joaquín V. González, no fue al azar. El profesor español contaba con jalones durante su vida académica que lo fueron adentrando en la temática y convirtiéndolo en un defensor y portavoz del continente americano en España.

Sus investigaciones históricas lo llevaron a relevar las huellas de España en América, lo que derivó luego en el estudio de las instituciones jurídicas y políticas de los pueblos americanos. Resulta significativa su vinculación con José Enrique Rodó, del que escribió el «Prólogo» del *Ariel*, libro que se convirtió en paradigma hispanoamericano.

#### ALTAMIRA Y LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

El impulso de la relación universitaria entre España y la Argentina provino de la Universidad de Oviedo, en un célebre manifiesto, «Profesión de fe americanista», en el cual se declaraba el afecto fraternal de Asturias hacia dichos pueblos, por encima de los desgarrones de la política. De este clima, que se manifestó en los festejos del III Centenario de la fundación de la Universidad de Oviedo en 1908, surgió la idea del intercambio universitario y del viaje a América de un delegado por la institución académica de Oviedo. El viaje adquirió la significación de una relación cultural, de paz, de fraternidad, de docencia entre las comunidades hispanoparlantes.

El discurso de apertura del año académico de 1898 pronunciado por Altamira en la Universidad después de la pérdida por España de sus colonias, «Universidad y patriotismo», es una reflexiva pieza hispanista. «España no es un pueblo aislado en el mundo, tiene descendencia en otros muchos pueblos, hijos de ella por la sangre y por la civilización en quienes alienta el mismo espíritu fundamental de la gente hispana». En su opinión, debe haber una política de altos vuelos...

«que exige la aproximación entre España y las naciones surgidas de sus antiguas colonias y la afirmación rotunda de su común troncalidad étnico-cultural, revitalizar el espíritu de la comunidad hispánica permitiendo que se desplieguen en el mundo sus virtualidades culturales».<sup>1</sup>

El «grupo de Oviedo», como se lo denominó, oasis de vanguardia del profesorado universitario español,<sup>2</sup> profesaba un reformismo educativo de acuerdo con una de las ideas más caras al ideario krausoinstitucionista —aunque fuese más citado Giner de los Ríos que Krause o Sanz del Río— que enlazaba con el programa de formación de minorías, fieles al viejo proyecto gineriano.<sup>3</sup> Las Universidades tenían que asumir un papel importante en dicha formación; una verdadera opinión pública sólo era posible mediante la acción dinamizadora sobre el conjunto social de minorías capaces de «infundir en el pueblo español la esencia de la vida». La universidad cumplía, para Altamira, un papel en el «desarrollo de la energía nacional» o en la conformación del «alma del pueblo». La vehemente dedicación pedagógica de Altamira formó parte del institucionismo ovetense.<sup>4</sup>

## RECEPCIÓN DE ALTAMIRA EN LA INTELLECTUALIDAD ARGENTINA

La misión pedagógica y la misión americanista de Altamira, la tarea a realizar en los campos intelectual y educativo de las relaciones con Hispanoamericana, se implicaban mutuamente en el académico español y por este camino convergían con los objetivos de algunos intelectuales argentinos.

El viaje que el historiador español realizó por varios países de América trasciende lo meramente anecdótico para centrarse en un balance comprensivo de los objetivos propuestos por la Universidad de Oviedo y los resultados obtenidos. El «contexto

<sup>1</sup> «Universidad y patriotismo», discurso pronunciado en la inauguración del curso académico de la Universidad de Oviedo, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n° 463, 1898, pp. 242 y ss.

<sup>2</sup> El grupo de Oviedo estaba formado por catedráticos de la Facultad de Derecho: Adolfo Álvarez Buylla — a quien Altamira le va a dedicar una semblanza en el diario *La Nación* — González Alegre, Adolfo González Posada — que Altamira propone como profesor para la Universidad de La Plata — y Aniceto Sela y Sampil, al que se agrega Rafael Altamira, participantes de un común ideal krausoinstitucionista y un republicanismo moderado.

<sup>3</sup> Santos M. Coronas González, «Rafael Altamira y el grupo de Oviedo», *Anuario de Historia del Derecho español*, Vol. LXIX, Madrid, 1999, pp. 63-89 y Santiago Melón Fernández, *Estudios sobre la Universidad de Oviedo*, Gijón, 1998.

<sup>4</sup> Luis García de Valdeavellano, «Don Rafael Altamira o la historia como educación», *Seis semblanzas de historiadores españoles*, Sevilla, 1978.

de emisión del viaje» se adentra en las ideas regeneracionistas del claustro ovetense y de los que formaban parte del grupo liberal reformista que posibilitó y coadyuvó para que el viaje fuera posible.

Resulta indudable que la figura argentina de primer plano en el viaje de Altamira fue Joaquín V. González y la Universidad de la Plata. Afinidades intelectuales contribuyeron a que el encuentro resultase fecundo en la transmisión de contenidos y en despertar, corregir y afianzar los lazos intelectuales entre España y América, objetivo del viaje de Altamira.

En el período que va de 1880 a la conmemoración del *Centenario* de la independencia de España, la Argentina contaba con un grupo de intelectuales que planteaban una problemática identitaria, sus preguntas fluctuaban entre el ser argentino y los progresos que había que adoptar para alistarse entre los países que seguían el ritmo de la «modernidad». El progreso argentino, la movilidad social ascendente y la modernización cultural eran datos reales que contribuyeron a plantear interrogantes sobre el futuro y la identidad de la república.

Altamira colaboró con esta problemática desde la revista *España*.<sup>5</sup> Desde sus páginas el historiador alicantino ayudó a difundir la vida en la península y sus progresos en la industria, en el comercio, en la educación, en las ciencias y en el arte, y transmitía su patriotismo hondamente sentido sobre promesas de mejores días para la madre patria. El futuro visitante fue uno de los colaboradores más activos en evaluar la regeneración española a comienzos de siglo con un espíritu krausista renovador.<sup>6</sup>

En 1905 Altamira había propuesto un intercambio con universidades españolas. Sin embargo, los residentes españoles en Buenos Aires fueron los que más fuertemente se opusieron a la iniciativa: las instituciones de la Península no estaban actualizadas para ser semillero de profesionales exitosos.<sup>7</sup>

En la sociedad argentina de comienzos del siglo XX comenzó un proceso social de diferenciación de los intelectuales, el llamado «campo intelectual», que sirvió de marco a las nuevas preguntas que se formulaban sobre los últimos desarrollos en las ciencias políticas y sociales del mundo occidental y sobre la formu-

<sup>5</sup> La revista *España* fue fundada por Antonio Atienza y Medrano, que llegó a presidir la Asociación Patriótica Española. Comenzó a publicarse en 1903 y finalizó en 1910.

<sup>6</sup> Ejemplo de ello es «Fuerzas progresivas», *España*, 9.7.1904.

<sup>7</sup> R. Altamira, «La Universidad hispanoamericana», y «La cuestión universitaria», *España*, 16.1 y 16.12, los dos de 1905. Unamuno se oponía a este emprendimiento.

lación de un programa de reforma social, política y de regeneración moral.<sup>8</sup> La cátedra universitaria adquiriría un papel cardinal como guía de los gobiernos para la elaboración de políticas con sustento científico.

El rescate del legado cultural español en América fue retomado por varios intelectuales argentinos en torno al *Centenario*, entre los que podemos citar a Manuel Gálvez en *El Solar de la raza*, Ricardo Rojas en *La Restauración nacionalista*, Manuel Ugarte en *El porvenir de América*. A ello debemos agregar y mencionar, sólo de paso, las reformas educativas que contribuyeron a la construcción de la nacionalidad que se creía «existente en el pasado, de rasgos definidos y permanentes: la de la raza española».

Joaquín V. González formaba parte del grupo de intelectuales que participaban de esta problemática. Su proyecto de código laboral de 1904 se constituyó en un punto de referencia inevitable en todo planteamiento sobre el reformismo social. El legislador buscó elevar el debate al más alto nivel y el Rectorado de la Universidad Nacional de La Plata que asumió en 1905, al crearse la Universidad, actuó como canal para la exposición de sus preocupaciones y esfuerzos. Participaban de esta problemática otros referentes del «campo intelectual» como José Nicolás Matienzo, Ernesto Quesada o Enrique del Valle Iberlucea.

Cuando Rafael Altamira llegó a la Argentina en 1909, como representante de la Universidad de Oviedo, no era un desconocido para sus oyentes de la Universidad de La Plata. Sus trabajos históricos y didácticos habían tenido amplia difusión, así como su acción en la obra de Extensión Universitaria, en la universidad ovetense, vanguardia de la renovación académica en España. A ello debemos agregar que González, presidente de la Universidad de La Plata, mantenía fluidos contactos con la Universidad de Oviedo y había invitado con anterioridad a algunos profesores de esa región asturiana.

En el ámbito de los intelectuales argentinos las figuras de Giner de los Ríos, Manuel Cossic o Adolfo Buylla eran conocidas por sus obras. Existían puntos de contacto con el krausismo español, corriente espiritual a la que adhería el historiador alicantino y que contaba con adherentes en la Argentina; se inició así el acercamiento con los grupos de abolengo krausista<sup>9</sup>. Algunas de las personalidades más

<sup>8</sup> Para el tema véase Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas*, Buenos Aires, 1994.

<sup>9</sup> Para este tema véase Arturo Roig, *Los krausistas argentinos*, Puebla, 1969; también Ignacio García, «El institucionalismo en los krausistas argentinos» (en línea), en Hugo Biagini (comp.) *Arturo Ardao y Arturo Andrés Roig. Filósofos de la autenticidad*.

relevantes de la universidad de la capital de la provincia de Buenos Aires, como González<sup>10</sup>, Agustín Álvarez o José Ingenieros,

«compartían con sus colegas españoles la creencia en que sería a través de la cultura como podría lograrse una transformación profunda de la sociedad. Las palabras «obra cultural» y «obra regeneradora» aparecen usadas en forma sinónima en los escritos de sociólogos españoles y argentinos de este período».<sup>11</sup>

González destacaba la «sintonía del alma de América con España», defendía la ascendencia histórico-racial española en América como una sola identidad espiritual, con un idioma que «fundé almas y mentes como puente invisible».<sup>12</sup> El presidente de la Universidad de La Plata formaba parte del grupo que por esos años afirmaba el aporte hereditario argentino vinculado al pasado colonial. Lo definía así:

«la idea de la independencia política de España ha formado en el espíritu público un concepto de división material... entre el pasado y el presente de la misma generación, olvidando que los vínculos de sangre, las influencias de la tradición doméstica, la impresión de los hábitos de familia o de localidad, o de régimen, o las huellas intelectuales de la enseñanza no se destruyen por el sólo efecto de una revolución».<sup>13</sup>

La Universidad de La Plata se manifestaba entonces como el ámbito más apropiado donde esa transformación comenzaba a tomar cuerpo. González la concebía como «implementando los requisitos científicos que los nuevos tiempos habían traído consigo».<sup>14</sup> Ejemplo de ello eran los cursos de Extensión Universitaria organizados por la universidad en 1907 y 1908, así como las *Lecturas dominicales* que les precedieron, signo del «advenimiento de la Universidad nueva que quiere ser una «universidad moderna»».<sup>15</sup>

Jornada en homenaje a Arturo Roig y Arturo Ardao, Buenos Aires, 2000, <http://www.wensayistas.org/filosofos/argentinos/roig/homenaje/garcia.htm> (2010).

<sup>10</sup> «Krause a través de Ahrens fue mi bautismo en la política fundamental. Krause a través de Azcárate, Salmerón, Giner de los Ríos y otros nobles espíritus fueron sus iniciadores», *España*, 5, 1907, p. 294.

<sup>11</sup> Eduardo Ortiz, «Las relaciones científicas entre Argentina y España a principios de este siglo», en José Manuel Sánchez Ron, *La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, Madrid, 1988, vol. II, p. 127.

<sup>12</sup> Marta Campomar, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Buenos Aires, 2009, p. 177.

<sup>13</sup> J. V. González, *El juicio del siglo*, Buenos Aires, 1979, pp. 15-16.

<sup>14</sup> El lema elegido por González fue «Patria y Ciencia», que «privilegiaba las dos características que de ella se esperaban: el civismo y la razón, por eso mismo su función última era política», Darío Roldán, *Joaquín V. González. A propósito del pensamiento político liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, 1993, p. 101-102 y Diego Pro, «Joaquín V. González», en Hugo Biagini (comp.) *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, 1985, pp. 463-475.

<sup>15</sup> Universidad Nacional de la Plata, *Extensión Universitaria. Conferencias de 1907 y 1908*, La Plata, 1909, p. 6.

Altamira era un embajador académico que proponía el intercambio de profesores y el incremento de contactos académicos entre los avances y proyectos de España, y al mismo tiempo la difusión de una nueva visión de España que él había contribuido a forjar con sus investigaciones. La Península era «abierta de espíritu, tradicional y trabajadora que buscaba abrirse paso en los caminos de la modernidad». Ésta era otra parte del mensaje que el profesor alicantino venía a difundir. La obra de Altamira quería ser, en síntesis, «patriótica, española, americanista, obra de paz, concordia de amplio humanitarismo intelectual».<sup>16</sup>

Para ese entonces Altamira ya había publicado *La enseñanza de la historia*, Madrid, 1895; *Cuestiones hispanoamericanas*, Madrid, 1900; *Historia de España y de la civilización española*, Barcelona, 1900-1911; *Psicología del pueblo español*, Barcelona, 1902 y *Cuestiones modernas de historia*, Madrid, 1904.<sup>17</sup>

#### RAFAEL ALTAMIRA EN LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

El historiador español fue recibido en la Universidad de La Plata por su presidente, en un acto académico en el aula magna de la Universidad, el 12 de julio de 1909. En el discurso González resaltó la llegada del catedrático español, portador de un alma común, como un acto de cooperación con la ciencia europea, más precisamente española, en el campo de las ciencias históricas.

González enunció con precisión los objetivos de la visita de Altamira: un curso de método histórico. Justificó la necesidad del mismo en lo que podríamos llamar un «estado de la cuestión» de dicha ciencia en la Argentina, así como en un balance de la enseñanza de la historia en la universidad argentina. El discurso fue también programático en lo relativo a los ideales que el grupo liberal proponía implementar en su ideario político.

El curso, definía González, era «para nuestros países la iniciación de una nueva era en el estudio y conocimiento de sí mismos». Esta inquietud latía en la invitación a Altamira; el objetivo era «concebir ideales nacionales más altos y extensos,

<sup>16</sup> Rafael Altamira, *Mi viaje a América*, Oviedo, 2007, p. XXIV.

<sup>17</sup> Para el tema véase Rafael Asín Vergara, «Proyecto político y obra científica en Rafael Altamira», en Enrique Rubio Cremades y Eva Valero Juan (eds.), *Rafael Altamira: historia, literatura y derecho*, Actas del Congreso Internacional, Universidad de Alicante, 2004, pp. 35-56.

y afirmar sobre bases más permanentes su evolución institucional». Ello representaba un programa político que González compartía con sus compañeros de ruta.

La historia en la Universidad había sido concebida hasta ese momento como una ciencia auxiliar; el propósito era que ella fuese: «auxiliar de la moral en el ciclo primario... génesis de patriotismo y de civismo en el secundario». En la Universidad su influencia debía sentirse como «fuerza generadora de naciones», es decir, el orador le asignaba un rol instrumental. Esta tarea reclamaba la necesidad de un método que permitiría así el desarrollo de esa ciencia que González consideraba aún en germen en la Universidad argentina.

El Rector de la Universidad de La Plata pasó revista, en su discurso, a los padres fundadores de la historia argentina, Mitre y López, quienes encarnaron «dos modalidades, dos tendencias», pero había llegado el tiempo de complementar, desarrollar, construir nuevos estudios monográficos y lograr una visión integral del pasado histórico argentino.

La Universidad de La Plata se encontraba a la vanguardia de ese proceso; en palabras de González: «hemos adoptado la vía experimental para toda enseñanza». A ello respondía la invitación a Altamira para que contribuyese a forjar un «laboratorio» donde se implementase el espíritu de investigación, «para abrir una senda» en el campo de la ciencia histórica del que el conferenciante había dado muestras de profesionalismo.

La tarea era enfocada como «un deber nacional y una misión de humana cultura». Latía en estas palabras la problemática política de su generación, el clima intelectual imperante en la Argentina de comienzos de siglo, al que hemos aludido, tanto de reforma social y política como de regeneración moral.

González no ignoraba que este programa no podía cumplirse en un estrecho margen de tiempo, pero ello no era obstáculo para que la invitación se convirtiera en piedra angular de una visión académica de la universidad.

La relación con España no podía estar ausente en el discurso del presidente de la universidad. La relación con la ciencia universitaria española fue ocasión para exaltar el legado multisecular español del que nacía una «ciencia nueva» de la que Altamira era digno representante y cultor.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> «Discurso del Sr. Presidente de la Universidad Dr. D. Joaquín V. González», en Rafael Altamira, *Mi viaje a América*, Oviedo, 2007, pp. 55-59.

Altamira respondió, con la modestia que lo caracterizaba, agradeciendo la acogida de que era objeto, y al mismo tiempo puntualizando que su visita respondía a una iniciativa de la Universidad de Oviedo y a su Rector Fermín Canella. Ponía así en primer plano a sus mandantes.

En su discurso fijó los objetivos del viaje. En primer lugar el intercambio de profesores. Para ello la solidaridad de lengua y de pensamiento se convertía en fundante de la relación. Pero también el reclamo se sostenía en la inmigración española que había acudido a nuestras playas. En este aspecto Altamira contaba con un currículum abundante. Desde las páginas de la revista *España*, órgano de la Asociación Patriótica Española, había reclamado ayudar a que las colonias de emigrantes colaboraran en la obra de la «regeneración patria» dando a conocer «la España actual para deshacer las prevenciones que contra ella se tienen y disipar ignorancias».<sup>19</sup>

En segundo lugar especificó una de las claves que vertebraba su pensamiento historiográfico: «la historia no es obra de patriotería nacionalista». Uno de sus objetivos había sido disipar los prejuicios, las falsas imágenes que se difundían sobre la historia de España y rectificar dichos errores, reconocer el valor sustancial que aportaba la historia, el reconocimiento que todo pueblo tenía respecto de la obra realizada por las generaciones anteriores, evitar, según le había enseñado su maestro Hinojosa, «las falsas generalizaciones».

Para lograr estos objetivos el profesor español proponía el intercambio de profesores, alumnos y estudiosos de un lado y otro del Atlántico: «hace falta la impresión personal», un vínculo personal y humano. De allí que evitara visitar nuestro país en 1910, en que los festejos por el *Centenario* podían disipar el «tono familiar y sencillo de nuestra comunicación intelectual».<sup>20</sup>

Al terminar Altamira su labor docente en la Universidad Nacional de La Plata le fue concedido el grado de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales «honoris causa», otorgado por el Consejo Superior.

El presidente de la Universidad pronunció un discurso, elogioso y retórico, sobre la estadía del maestro alicantino. Altamira respondió agradeciendo los honores personales recibidos y analizando los logros alcanzados. En su opinión se

<sup>19</sup> Hebe C. Pelosi, *Rafael Altamira y la Argentina*, Alicante, 2005. En el libro se analizan los artículos de Altamira en la revista *España*.

<sup>20</sup> «Discurso del profesor D. Rafael Altamira», en R. Altamira, *Mi viaje a América*, Op. cit., pp. 64-67.

habían alcanzado los fines propuestos, es decir «el reconocimiento de un fondo común de ideal entre la Universidad de La Plata y la ovietense». Ambas universidades participaban del ideario educativo que animaba al espíritu gineriano y que el «grupo» de Oviedo intentaba practicar en sus cátedras.

Pero además de la comunidad de aspiraciones en la enseñanza, se alcanzó lo que para Altamira era una de las claves de bóveda de su viaje y de su labor de investigación: la transmisión del estado, en ese entonces, de la vida intelectual española, del nivel científico que iba adquiriendo España, es decir, aventar las falsas imágenes y los prejuicios del «atraso» de España, la imagen de que la mentalidad española vivía cien años atrás. «Eso lo creo conseguido», afirmaba Altamira.

La consecuencia práctica de esta nueva imagen era el intercambio de profesores ya establecido y, en un futuro no lejano, de estudiantes. Estos objetivos fueron recepcionados no sólo por su venida, sino que ella caló en un ambiente preparado para recibir estas innovaciones. Remató sus consideraciones el profesor de Oviedo al afirmar «sabíamos cuán hispanófilo es el Dr. González, cuyo amor al viejo solar tan persistentes muestras de vida ha dado y cuyo empeño por traer aquí, a su Universidad, profesores españoles en visita más o menos larga, se había insinuado en muchas ocasiones».

Altamira dejó en claro que su visita había sido de enseñanza, que no se distrajo en otros temas, ni entró en componendas políticas. La aclaración suscita interrogantes que Gustavo Prado<sup>21</sup> analiza en profundidad y en los que no podemos detenernos.

El profesor español tejió una relación con los intelectuales y los sectores más avanzados de la elite liberal, lo que le permitió constituirse en hombre de consulta en materia pedagógica y científica. Altamira se insertó e interactuó en las redes intelectuales y sociales argentinas. Se distanció así de la opinión de algunos historiadores que se asombraban por su falta de vinculación con respecto al núcleo del krausismo y del reformismo rioplatense impulsado por la Unión Cívica Radical.

El profesor alicantino dictó en la Universidad a la que fue invitado un curso sobre «Metodología e historia de la Historiografía»,<sup>22</sup> del cual hemos podido rele-

<sup>21</sup> Gustavo Prado, *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, 2008.

<sup>22</sup> Altamira dictó un curso trimestral sobre Metodología e Historia de la Historiografía en la Facultad de Historia y Letras anexa a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata. Las 19 conferencias com-

var sus originales en el Instituto Jorge Juan de Alicante, Fondo Altamira, así como otros cursos sobre Historia del Derecho Español y otras temáticas. Su principal aporte, aunque no el único, fue en el campo de la Metodología de la Historia.

Altamira dejó en claro que la Historia requería de un método científico que debía iluminar nuevas zonas de la realidad: la ampliación del contenido de la Historia trascendiendo la Historia política externa, como se la calificaba en esos tiempos. En sus lecciones abrió nuevas perspectivas, no del todo desarrolladas, en la manera de entender y en el alcance que dio a la lógica de la disciplina.<sup>23</sup> Recordemos que su obra *Cuestiones modernas de historia* aparecía a la vanguardia en España, como una de las primeras que sistematizaba una nueva forma de historiar.

Se esperaba que Altamira incidiese en la evolución de los estudios históricos, que introdujera una nueva perspectiva renovadora, que abriera una senda en la demarcación científica de la práctica historiográfica. El acento del historiador español se centró en los recursos metodológicos, lejos de construcciones teóricas y epistemológicas, permaneciendo «demasiado a ras de archivo», como lo define Prado. El discurso académico de Altamira se centró en un área metodológico e histórico-historiográfica y en otra área histórico-jurídica. Su mensaje mostró una unidad sustancial y una saludable dirección reformista claramente discernibles.

Los vínculos que mantuvo con la Universidad de Burdeos, de los que dan cuenta sus artículos en el *Bulletin Hispanique*, lo pusieron en relación con escuelas historiográficas francesas. El profesor alicantino no realizó el viaje iniciático a Alemania como muchos de sus compañeros de fila, sino que se vinculó con los postulados contemporáneos de la historiografía francesa, de la cual el ilustre alicantino se sentía deudor. Victor Langlois y Charles Seignobos, Ernest Lavisse, Gabriel Monod, Ranke, Bernheim son los autores recurrentes en sus clases, junto con una perspectiva historicista del ámbito de la cultura y de las ciencias humanas.

El profesor de Oviedo se adentró en los planes y programas de la enseñanza de la historia argentina en los diferentes niveles de la enseñanza, visitó museos, institutos y de todo ello surgieron afirmaciones concluyentes sobre cómo debía encararse dicha enseñanza en el país donde dictaba sus conferencias.

prendieron: dos lecciones magistrales abiertas y públicas y dos seminarios: uno sobre «Metodología de la enseñanza», otro sobre «Metodología de la investigación histórica». «El Señor Rafael Altamira en la Universidad Nacional de La Plata», *Archivos de Pedagogía y ciencias afines*, La Plata, T. VI, n° 17, 1909, pp. 172-195. La revista publicó un resumen de las conferencias.

<sup>23</sup> José Antonio Maravall, «La historia como ciencia», *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, n° 477-78, 1990, pp. 13-48.

El historiador argentino, en su opinión, debía dedicarse a hacer «su historia mucho más que la de cualquier otro pueblo», el fundamento respondía a que era la historia de su patria, no debía perder el tiempo en estudios de investigación de historia clásica, moderna, etc., y de la que no esté inmediatamente enlazada con la suya. Ella comprendía también a la española, porque «la historia de la época colonial es tan historia argentina como historia española»<sup>24</sup>; la íntima conexión entre una y otra la hacía imprescindible.

En una explicitación mayor, Altamira abordó también el plan de estudios de la disciplina histórica en la universidad argentina. El acento estuvo puesto en los aspectos americanos referentes a la arqueología, la etnografía y la lingüística del continente. El orador se ocupó de la historia argentina a la que consideraba «excesivamente política», consideró que «si quiere organizarse bien la enseñanza de la historia... es preciso cambiar el plan, radicalmente, empezando por las escuelas primarias». Debía abandonarse el detalle para ahondar cada vez más en «la historia americana y la historia nacional, desde el punto de vista propiamente de la Historia de la Civilización»<sup>25</sup>. En los manuales que había examinado comprobó que existía poco espacio para este último aspecto que, en su opinión, era relevante.

Altamira fue incorporado como miembro correspondiente a la Academia Nacional de la Historia, en la que fue votado como tal por unanimidad<sup>26</sup>. En el acto de entrega del diploma correspondiente Altamira recordó algunos de los objetivos de su misión. Su presencia era vicarial, ejercía su labor académica como representante de la Universidad de Oviedo, en nombre de su rector Fermín Canella, docencia que inauguraba el establecimiento de relaciones íntimas, constantes, sistemáticas entre el mundo universitario español y argentino. Dicho acto significaba la unión de españoles y americanos y la fe en la renovación de los métodos de la ciencia histórica de la que eran representantes en España Eduardo Hinojosa, Ramón Menéndez Pidal y Gumersindo de Azcárate, expresión de los nuevos aportes científicos españoles que, en el futuro, serían también estimados por otras naciones.<sup>27</sup>

<sup>24</sup> Archivo Instituto de Bachillerato «Jorge Juan», 6° conferencia, Universidad de La Plata.

<sup>25</sup> Archivo Instituto de Bachillerato «Jorge Juan», 9° Conferencia, Universidad de la Plata.

<sup>26</sup> Academia Nacional de la Historia, *Actas*, Buenos Aires, Sesión 1° de agosto 1909, acta n° 89, fols. 62.

<sup>27</sup> Academia Nacional de la Historia, *Actas*, Buenos Aires, Sesión 5 de septiembre 1909, acta n° 91, fols. 72-76.

La relación con las élites culturales argentinas fue intensa y fecunda para los objetivos del viaje. Altamira participó de las redes sociales que profesaban el reformismo español y argentino y abonaban los proyectos intelectuales y liberales.

La amistad con Rómulo S. Naón, ministro de Justicia e Instrucción Pública, quedó demostrada por el pedido de profesores que el ministro le hizo a Altamira para una cátedra de Derecho en la Universidad de Santa Fe y también de un profesor de Filología Castellana para el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires.<sup>28</sup>

Altamira buscó entrar en el mundo de los intelectuales y de los estudiantes en comunión con sus intereses iberoamericanistas. No eran ajenos a estos objetivos sus ideales krausoinstitucionistas de formación de élites, minorías intelectuales y universitarias, sector que estaba en condiciones de orientar a la masa social en ideales de modernización y progreso. Estos ideales encontraron eco en aquellos sectores sociales que privilegiaban a los hombres de estudio para dirigir los rumbos de la nación argentina.

Existía una gran diferencia entre estas élites y las que Altamira representaba en el campo académico. Las argentinas participaban del poder intelectual, social y económico, más aún formaban la clase dirigente. Las españolas a las que el profesor ovetense pertenecía eran marginales y no participaban del poder en España.

González desplegó una acción que ayudara y formalizara los vínculos entre estas élites, en los grupos de «profesionales, y en un creciente núcleo de intelectuales y académicos... donde los movimientos reformistas en lo político y social reclutaron sus adeptos».<sup>29</sup> Altamira y Posada contribuyeron a abrir una ventana de diálogo y colaboración entre los intelectuales argentinos y españoles. El profesor alicantino desplegó una estrategia que lo vinculó a círculos moderados republicanos y liberales.

El magisterio tributó una demostración al profesor español en la que se puso de relieve «el fondo común de ideales y de aspiraciones que ha de ser fuerza fecunda en el sentido trascendental de armonizar medios y propósitos en la obra educacional de la República».

<sup>28</sup> Esta práctica era común en esos años en la Argentina. Algo semejante sucedió con R. Foulché-Delbosc para la Escuela Normal de Buenos Aires, cfr. H. Pelosi, «La imagen de Raymond Foulché-Delbosc en Argentina», *La Biblioteca*, n° 4-5, verano 2006, pp. 524-530.

<sup>29</sup> Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas*, Op. cit. p. 35.

González tomó parte en este acto y destacó la espontaneidad del mismo gracias a la simpatía conquistada por las lecciones impartidas por el ilustre visitante y la receptividad que demostraba la conciencia americana en ese momento de su historia: «el maestro había llegado hasta nosotros en hora propicia». El deseo de elevar el nivel de la enseñanza, una mejor ordenación de los estudios y sobre todo el entendimiento profundo entre el profesorado argentino y la Universidad de Oviedo se produjo porque «vosotros tenéis el entusiasmo de vuestra misión educativa y nosotros lo tenemos muy vivo de la que en España cumplimos y de la que quisiéramos poder cumplir en América».<sup>30</sup>

El profesor invitado buscó el contacto personal con los alumnos; Altamira los trataba de «camaradas», «compañeros de trabajo», les atribuía «sueños elevados y quijotescos». Resultado de ello fue que la Asociación Patriótica Estudiantil fundó en La Plata una «Universidad Popular» como réplica de la Extensión Universitaria de Oviedo y que recibió el nombre de Rafael Altamira.

La Federación Universitaria de Buenos Aires en conmemoración del día del Estudiante lo agasajó como invitado principal y conferenciante.<sup>31</sup>

En el banquete de despedida de la Universidad de la Plata el profesor Rodolfo Rivarola destacó que Altamira se había revelado como «el gran maestro», había trabajado sin descanso, «día a día, ocupando la cátedra universitaria con sorprendente riqueza de producción».

El rector de la Universidad de Buenos Aires Eufemio Uballes reconoció que Altamira había llegado «en representación de un grupo de hombres enrolados con desinterés en una cruzada civilizadora... un ejemplo característico del moderno espíritu universitario en España».<sup>32</sup>

Altamira se reunió con los alumnos del «Círculo Médico Argentino» y del «Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina», a los que les habló de la camaradería de los profesores de la Universidad de Oviedo con sus alumnos.<sup>33</sup>

<sup>30</sup> «La demostración del magisterio argentino», R. Altamira, *Mi viaje a América*, Op. cit., pp. 97-107.

<sup>31</sup> «Discurso de salutación, en el Prince Georges's Hall, del Presidente de la Federación Universitaria de Buenos Aires, Sr. D. Héctor A. Taborda», R. Altamira, *Mi viaje a América*, Op. cit., pp. 117-119.

<sup>32</sup> «Otros actos universitarios», «En Buenos Aires», R. Altamira, *Mi viaje a América*, Op. cit., pp. 108-114.

<sup>33</sup> *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, año IX, octubre 1909, n° 98, pp. 7-14.



Decidido difusor de la «Extensión Universitaria», Altamira buscó el contacto con los medios obreros en la Argentina, donde dictó una serie de conferencias para el público obrero. También impartió otra para la Asociación de Empleados de Comercio.<sup>34</sup>

En un rasgo de vanguardia difusora, Altamira tampoco descuidó el contacto con los medios periodísticos. Ello le aseguraba la expansión de su programa reformista y réditos para su regreso a España.

Los medios periodísticos dieron una amplia cobertura a su actuación en la Argentina y en Uruguay. Las conferencias de Altamira en La Plata podían ser conocidas a través de los resúmenes, y a veces del texto íntegro, en *La Nación* y *La Prensa*. No faltaba tampoco el texto elogioso hacia su desempeño docente y sus exposiciones metodológicas.<sup>35</sup> La publicidad de su actuación mostraba la importancia otorgada al viaje del profesor alicantino.

La figura de Altamira, a propósito de los elogios recibidos en los medios periodísticos, —la prensa anarquista también habló de él—, alcanzó una dimensión pública que luego redundará en sus futuros artículos enviados desde España, desde La Haya y durante el exilio. Sus aspectos profesionales y humanos fueron puestos de relieve en los sucesivos homenajes que se le rindieron a propósito de su partida y en la confraternidad con los españoles residentes en la Argentina.

## ALTAMIRA Y LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA

Nos preguntamos qué recepción tuvo en los historiadores y en la historiografía argentina la visita de Altamira. Para responder debemos acudir al estado que presentaba nuestra historiografía en los albores del siglo XX. El presidente de la Universidad había hecho alusión a ella en su discurso de apertura del curso, al afirmar que «la historia narrativa... debía renovar su savia... y necesitaba un laboratorio, un gabinete, un instrumental».

<sup>34</sup> «Unión Dependientes de Comercio. Conferencia del profesor Altamira», *La Prensa*, Buenos Aires, 2-X-1909. Para el tema cfr. David Ruiz, «Rafael Altamira y la extensión universitaria de Oviedo», en Armando Alberola (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987, pp. 163-174.

<sup>35</sup> «El profesor Altamira en la Universidad de La Plata. Metodología de la historia. III. El libro», *La Prensa*, Buenos Aires, 27.VII.1909 y «El profesor Altamira en La Plata. La conferencia de ayer», *La Nación*, Buenos Aires, 29.VII-1909.

La obra de Bartolomé Mitre con sus estudios fundadores<sup>36</sup> marcó un rumbo en la historiografía argentina que no originó modelos historiográficos alternativos hasta la formación de la «Nueva Escuela Histórica».<sup>37</sup> La historia narrativa era cultivada por los estudiosos argentinos, que no llegaban a formalizar un núcleo que alcanzara una normalización historiográfica.

Pero la visión no era tan uniforme. Podemos señalar los aportes producidos por Paul Groussac, Juan Agustín García y especialmente Ernesto Quesada, quien publicó *La época de Rosas* en 1898 con una visión revisionista de ese período histórico. En la obra sugiere que «el régimen español había promovido un gobierno equilibrado entre la autoridad local de los gobernadores-intendentes y la autoridad general del virrey... la idea federal, aunque el nombre sea moderno, estaba en la vida colonial por la naturaleza de las cosas».<sup>38</sup>

En la transición de un siglo a otro, Ezequiel Ramos Mejía, Juan Agustín García, Joaquín V. González y Juan Álvarez no crearon un modelo historiográfico, pero sin embargo tuvieron un aporte decisivo en cuanto «se dispusieron a actualizar la tradición liberal preparándola para encarar los nuevos problemas sociopolíticos».<sup>39</sup> Transformaron las instituciones que contribuirían a producir un cambio acorde a la época y de esa manera formaron a la generación que sería la encargada de transformar la historiografía y la enseñanza de la historia en la Argentina.

El clima cultural de la época reclamaba una profundización de los estudios históricos con «los elementos proporcionados por archivos, bibliotecas europeas, etc. [que proporcionaban] los elementos para la futura grande historia», explicitará González. La Historia no estaba al servicio de propósitos nacionalizantes; habrá que esperar hasta la formulación identitaria que plantea el aluvión inmigratorio para que desde el Consejo Nacional de Educación se organice la educación patriótica.<sup>40</sup> *La Restauración Nacionalista* de Ricardo Rojas era un programa para las preguntas que se formulaba la historiografía nacional.

<sup>36</sup> Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 3ª edición completa, 1876; *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, 1887.

<sup>37</sup> Tulio Halperín Donghi, «La historiografía: treinta años en busca de un rumbo», en G. Ferrari y E. Gallo (comp.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, 1980, pp. 829-240.

<sup>38</sup> E. Quesada, *La época de Rosas*, Buenos Aires, 1923, pp.170-171. Para un estudio sobre el tema ver Eduardo Zimmermann, «Ernesto Quesada, la época de Rosas, y el reformismo institucional del cambio de siglo», en AA.VV., *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, 2 vols, 1993.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 288.

<sup>40</sup> Para el tema véase Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, 2001. Bertoni pone el acento en que hay que tener en cuenta los nacionalismos en boga a fines del siglo XIX.

Advertía R. Fernández que «no se ha escrito ninguna obra fundamental» después de las de Mitre y López, sin embargo los estudios han «adelantado considerablemente». Esta afirmación no desconoce las valiosas monografías que se habían ido publicando, pero lo que otorgaba «significado a la época actual es que se está creando el método».<sup>41</sup>

Altamira representó en este aspecto un aporte fundamental. En su discurso de agradecimiento de la distinción *honoris causa* el acento estaba puesto en la práctica científica de la historiografía, por la que había abogado en sus obras. En éstas insistía en deslindar el ejercicio científico de la Historia de las especulaciones metafísicas inspiradas en la Filosofía de la Historia.

Esta práctica no respondía a un edificio teórico. El profesor ovetense no realizó una justificación epistemológica de la Historia, ello no entraba en sus objetivos. Su discurso se centró en la metodología y la pedagogía de la Historia, a la que contribuyó con sus aportes.

La metodología fue un aspecto vertebral de su enseñanza, pero no el único. La inscripción de la investigación histórica en un anclaje institucional fue otro de sus tópicos.<sup>42</sup> La universidad era central en la formación de los historiadores, a lo que se debía agregar archivos, museos, bibliotecas, academias, asociaciones profesionales, revistas científicas, colegios, escuelas y la extensión universitaria. La experiencia de las revistas académicas y otras en las que participó, el Museo Pedagógico del que formó parte en Madrid y la Universidad de Oviedo fueron los inspiradores de su planteo historiográfico.

El último aspecto señalado, el del anclaje institucional, tomó cuerpo en la creación del Instituto de Investigaciones Históricas y la Nueva Escuela Histórica. Estos fueron los soportes de esa renovación historiográfica que se inició a fines del siglo XIX y despegó alrededor del *Centenario* en consonancia con el clima cultural, al que hemos aludido.<sup>43</sup>

<sup>41</sup> R. Fernández, «Los estudios históricos», *Nosotros*, T.LVII, 1927, pp. 168-184.

<sup>42</sup> «Se destacaba en sus escritos el papel central de la cátedra universitaria como el vehículo más apto para la reconstrucción de las relaciones culturales hispanoamericanas», Eduardo Zimmermann, «Algunas consideraciones sobre la influencia intelectual española en la Argentina de comienzos de siglo», AAVV, *Ortega y la Argentina*, Buenos Aires, 1997, pp. 61-68.

<sup>43</sup> Academia Nacional de la Historia, *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, 2 vols, Buenos Aires, 1995 y AA.VV., *La historiografía argentina en el siglo XX*, 2 vols, Buenos Aires, 1994.

Esa generación académica, que formó parte del Instituto de Investigaciones Históricas, encarnó la profesionalización de los estudios históricos, realizó una práctica historiográfica con fuerte sujeción al método histórico, adquirió legitimidad por sus estudios universitarios y alcanzó la dirección de las instituciones académicas más importantes, desde las cuales impuso una práctica historiográfica que sustituyó a la vieja historiografía y estimuló la producción de una historiografía científica.

Aunque la presencia de Altamira no tuvo efectos inmediatos, e incluso ha sido injustamente olvidada, su insistencia en el rol que debía cumplir la Universidad en la construcción de la historia nacional, el acento en el utillaje metodológico para otorgar cientificidad a la Historia, el reclamo a un patriotismo moderado y tolerante, la necesidad de contar con las instituciones donde se encontrarán las fuentes para establecer por medio de ellas la reconstrucción histórica, fueron tópicos recurrentes en sus exposiciones académicas. Su discurso proporcionó un impulso a quienes aspiraban a la renovación historiográfica argentina. Contribuyó a cristalizar proyectos tentativos de un programa para la disciplina que se deseaba y esperaba, en sintonía con la historiografía europea. Los cursos que dictó apuntalaron la renovación metodológica, pedagógica y generacional de la historiografía argentina. Sus lecciones no tardarían en dar sus frutos en obras referentes a la historia argentina con amplitud de miras y método científico.

## APÉNDICE

### Participación de Altamira en la bibliografía rioplatense

Enrique RODÓ, *Ariel*, Montevideo, 1903, «Prólogo» de Rafael Altamira.

Carlos OCTAVIO BUNGE, *Nuestra América*, Buenos Aires, 1903, «Prólogo» de Rafael Altamira.

Rafael ALTAMIRA, *Resumen histórico de la Independencia de la América española*, Buenos Aires, 1910.

Adolfo SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, 1911, «Prólogo» de Rafael Altamira.

Joaquín V. GONZÁLEZ, *Fuerza transformadora de la Universidad argentina*, Buenos Aires, 1936, «Prólogo» de Rafael Altamira.

Rafael ALTAMIRA, «España y la civilización española en el siglo XVI», en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Vol. II, Buenos Aires, 1937, pp. 191-217.

Rafael ALTAMIRA, «La civilización española en los siglos XVII y XVIII», en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Vol. III, Buenos Aires, 1937, pp. 15-53.

Rafael ALTAMIRA, «La aprobación y confirmación de las leyes dadas por las autoridades coloniales españolas (siglos XV-XVIII)», en *Contribuciones para el estudio de la historia de América. Homenaje al Dr. Emilio Ravignani*, Buenos Aires, 1941, pp. 39-52.

#### RAFAEL ALTAMIRA, ENTRE ANTONIO ATIENZA Y MEDRANO Y LOS ANTECEDENTES DE LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA

Marta María CAMPOMAR

El tópico recurrente de la decadencia española que puso en marcha el artículo de Masson de Morvilliers desde la *Encyclopedie Méthodique*<sup>1</sup> en 1782, donde se preguntaba qué le debe Europa a España, en qué ha contribuido a su progreso económico, científico o cultural, con su correspondiente respuesta negativa, instaló en España una gran polémica con respecto a la supuesta decadencia inquisitorial española durante siglos. Ese mismo artículo afirmaba que el estancamiento y prohibicionismo comercial de la madre patria con sus colonias de Ultramar beneficiaba a otras potencias europeas, a la vez que las incitaba a que se emanciparan del dominio clerical y real que mantenía a los españoles sin libertad de ciencia y cultura, en la más profunda ignorancia y pobreza.

Masson se lamentaba de que una nación que había sido grande y poderosa en otros tiempos, un imperio dominante, se hubiera reducido a una nación de perezosos e indolentes y a una nobleza en decadencia. A través de estas imputaciones se reafirmaba en la opinión pública europea la leyenda negra del atraso español, dando pie a la famosa *Polémica sobre la Ciencia Española* que comenzó antes de la Revolución Francesa y se puso nuevamente en marcha con el choque frontal entre Marcelino Menéndez y Pelayo y los krausistas en 1876. Esta fue una larga y compleja polémica en la cual intervinieron todos los españoles de prestigio, desde las más diversas áreas y procedencias (científicos, escritores, filósofos, economistas), buscando las causas históricas del decaimiento español y los remedios para salir de tanto estancamiento.<sup>2</sup>

La conciencia sobre la decadencia de España, de su raza incluso, llegó hasta las colectividades españolas de Ultramar. Se instaló con más fuerza luego de la derrota militar del 98 ante la técnica naval de los Estados Unidos de América, que despojó a España de su imperio en Cuba y Filipinas. A nivel emocional e intelectual estas

<sup>1</sup> Nicolas Masson de Morvilleurs, «España», *Encyclopedie Méthodique, Géographie Moderne*, París, 1782, tomo I, pp. 554-568.

<sup>2</sup> Sobre esta polémica puede consultarse *La Polémica de la Ciencia Española*, Madrid, Ed. Alianza, 1970.